



DESNUDA
LA NOCHE

SHERRILYN
KENYON



DEBOLSILLO

BESTSELLER

Sherrilyn Kenyon se ha convertido, gracias a su serie de los Cazadores Oscuros, en un auténtico fenómeno en Estados Unidos. Cada nueva entrega de esta saga entra en los primeros puestos de las listas de los libros más vendidos de *The New York Times*, *Publishers Weekly* y *USA Today*. Con esta serie, que se ha traducido ya a veintiocho idiomas y de la que hay diecisiete millones de ejemplares impresos en todo el mundo, Sherrilyn Kenyon ha creado un universo mítico, cautivador, singular y único. Su web, www.dark-hunter.com, recibe más de diez millones de visitas mensuales.

Sherrilyn Kenyon vive en las afueras de Nashville. Conoce bien a los hombres: creció entre ocho hermanos, está casada y tiene tres hijos varones. Para combatir el exceso de testosterona a su alrededor cuenta con la mejor arma, el sentido del humor.

Hasta la fecha se han publicado en España once novelas de los Cazadores Oscuros: *Un amante de ensueño*, *Placeres de la noche*, *El abrazo de la noche*, *Bailando con el diablo*, *El beso de la noche*, *El juego de la noche*, *Disfruta de la noche*, *Pecados de la noche*, *Desnuda la noche*, *La cara oscura de la luna* y *El cazador de sueños*.

Biblioteca

SHERRILYN KENYON

Desnuda la noche

Traducción de

**Ana Isabel Domínguez Palomo y
María del Mar Rodríguez Barrena**

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Título original: *Unleash the Night*

Primera edición en Debolsillo: febrero, 2010

© 2006, Sherrilyn Kenyon

© 2006, Sherrilyn Kenyon, por el glosario

© 2009, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2009, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9908-210-3 (vol. 793/9)

Depósito legal: B-1067-2010

Compuesto en Anglofort, S. A.

Impreso en Litografía Rosés, S.A.

Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

P 8 8 2 1 0 3

Limani

En el interior de los hombres y de las bestias reside el deseo eterno de hallar un puerto seguro. Un lugar donde refugiarse de las persecuciones y donde se esté libre de peligro. Sin embargo, mucho tiempo atrás no existía tal lugar para aquellos que eran hombre y bestia a la vez. Para aquellos que caminaban a cuatro patas durante el día y sobre dos piernas durante la noche.

Todos los perseguían y no había ningún refugio para ellos.

Su historia, como todas las historias, tiene un comienzo. Un comienzo durante el cual el amor eterno se tornó en una maldición. Hace miles de años hubo un rey griego cuya reina lo era todo para él. Pero su reina guardaba un oscuro secreto. Porque la suya era una estirpe maldita.

Más de dos mil años antes de su nacimiento, su gente cometió un trágico error. Asesinaron a la amante y al hijo del dios griego Apolo. En venganza por su muerte, el dios lanzó tres maldiciones sobre la estirpe de la reina. Tendrían que beber la sangre de sus semejantes para sobrevivir. Jamás podrían volver a caminar bajo la luz del sol. Pero la tercera maldición fue la peor: todos morirían de forma lenta y dolorosa el día de su vigésimo séptimo cumpleaños.

La maldición del dios demostró ser cierta y la joven reina se convirtió dolorosamente en polvo el mismo día que cumplió veintisiete años. Incapaz de hacer algo para detener el proceso, el rey la vio morir mientras lo llamaba a gritos. Cuando ella se fue, comprendió que sus dos hijos estaban abocados a sufrir el mismo y aciago destino que había sufrido su madre.

Incapaz de enfrentarse a la pérdida de sus dos vástagos, el rey recurrió a la magia para alargar sus vidas. Reunió a los miembros de la estirpe de su mujer, llamados apolitas, y experimentó con ellos los más oscuros hechizos. Tras unir su fuerza vital humana con la de las razas animales más fuertes, creó dos razas. Los arcadios, poseedores de un corazón humano, y los katagarios, poseedores de un corazón animal.

Los arcadios eran, en esencia, humanos capaces de adoptar forma animal una vez que alcanzaban la pubertad, acontecimiento que se producía alrededor de los veinticinco años. Los katagarios eran animales capaces de adoptar forma humana una vez que alcanzaban la pubertad, prácticamente al mismo tiempo que los arcadios. Dos caras de la misma moneda. Dos especies nacidas con la capacidad de emplear la magia y de viajar a través del tiempo en las noches de luna llena.

A la postre, la maldición del dios griego dejó de afectar a aquellos apolitas que habían sido transformados en hombres y animales. Puesto que no eran verdaderos apolitas, la maldición de Apolo no tenía ningún efecto sobre ellos. O eso creyó el rey hasta que la antigua deidad trasladó sus quejas a las Moiras.

—¿Quién eres tú para frustrar los designios de un dios? —exigieron saber estas al unísono.

El rey contestó de forma desafiante:

—Tal como habría hecho cualquier padre merecedor de ese nombre, he protegido a mis hijos. Nadie les arrebatará la vida de forma innecesaria por un acto en el que no participaron.

Sin embargo, su respuesta no las satisfizo. La arrogancia del rey las enfureció. ¿Cómo se atrevía a buscar el modo de alterar el destino de los apolitas con los que había experimentado? Como castigo le exigieron matar a los arcadios y a los katagarios, comenzando por sus propios hijos.

El rey se negó.

—En ese caso, jamás habrá paz entre ellos —decretaron las Moiras—. De ahora en adelante, entre arcadios y katagarios solo habrá disputas. Se perseguirán y se matarán hasta que no quede ni un solo miembro de su estirpe.

Y así ha sido durante miles de años. Los arcadios han matado a los katagarios que, a su vez, han matado a los arcadios. Su guerra prosigue hoy en día...

Y así seguirá.

Sin embargo, tal como sucede en todas las guerras, en algunos momentos se necesitaban breves treguas. Savitar, mediador imparcial entre arcadios y katagarios, estableció los *limani* o santuarios, donde tanto katagarios como arcadios podían verse libres de la persecución. En esos lugares podían descansar un tiempo antes de reunirse con los suyos y retomar la lucha.

Lograr que un lugar sea designado santuario no es fácil; pero, en cuanto se consigue, ni hombres ni bestias pueden quebrantar las normas del *limani*. No sin arriesgarse a sufrir la ira de arcadios y katagarios por igual.

Regentar un santuario es un honor sagrado y, al mismo tiempo, una enorme responsabilidad. La paz siempre exige un sacrificio. Y pocos han sacrificado tanto como el clan oso que regenta el santuario de Nueva Orleans...

«La ley, al igual que la vida, es una sucesión de pruebas...»

Las palabras que aparecían en su libro de texto resonaron en la cabeza de Marguerite D'Aubert Goudeau y conjuraron la frase que solía repetir Nick Gautier, su amigo y compañero de estudios: «Claro, tío. La vida es una puta prueba a la que sobrevives o en la que fracasas. Como soy de los que creen que el fracaso es una mierda, tengo toda la intención de sobrevivir y de partirme el culo a costa de los perdedores».

Una triste sonrisa asomó a sus labios cuando el dolor le atravesó el corazón. Recordaba perfectamente a Nick y su sarcástica visión de la vida, el amor, la muerte y demás vicisitudes. Era un hacha para sacarse frases lapidarias de la manga.

¡Dios, cuánto lo echaba de menos! Era lo más parecido a un hermano que había tenido, y no pasaba un día sin que sintiera su falta en lo más profundo del alma.

Seguía sin creer que hubiera muerto. Que un día, hacía justamente seis meses, su madre, Cherise Gautier, fuera hallada muerta en su casa de Bourbon Street y que Nick desapareciera misteriosamente sin dejar rastro. Las autoridades de Nueva Orleans estaban convencidas de que él la mató.

Pero ella sabía que no.

Nadie podía querer tanto a su madre como la quería Nick. Si Cherise Gautier estaba muerta, Nick también lo estaba. Nadie podría haberle hecho daño sin enfrentarse a su furia. Absolutamente nadie.

Estaba convencida de que había ido a por quien la había matado y había acabado muerto. Probablemente estuviera en el fondo de algún pantano. Por eso nadie había vuelto a verlo desde entonces. Y eso le destrozaba el corazón. Nick había sido un buen hombre, un protector nato. Un tipo que inspiraba confianza y que sabía divertirse.

Había sido un soplo de aire fresco y una maravillosa bocanada de realidad en su estirado mundo, donde no podía decirse ni hacerse nada mal. Por eso quería recuperar a su amigo con tanta desesperación.

Como al mismo Nick le diría, su vida era una mierda. Sus amigos eran superficiales, su padre era un neurótico obsesionado con investigar el pasado y la familia de cualquier chico en el que la creía interesada. A sus ojos, ninguno era aceptable desde el punto de vista social. Peor aún, todos eran inferiores.

Odiaba esa expresión con toda su alma.

«Tienes un destino que cumplir, Marguerite.»

Claro, estaba destinada a acabar encerrada en un manicomio o a pasarse sola el resto de su vida para que no pudiera avergonzar de ninguna manera a su padre o a su familia.

Suspiró cuando volvió a clavar la vista en su libro de derecho y sintió las ya familiares lágrimas en los ojos. A Nick nunca le había gustado estudiar en la biblioteca.

Cuando estaba en su grupo de estudio, solían reunirse en casa de Nick cuatro días a la semana.

Pero esos días habían llegado a su fin y lo único que le quedaba eran chicos presuntuosos que solo se sentían bien consigo mismos rebajando a los demás.

—¿Estás bien, Margaux?

Carraspeó al escuchar la pregunta de Elise Lenora Berwick. Elise era una rubia alta con un cuerpo perfecto. Perfectamente operado, claro. A sus veinticuatro años, ya había pasado por seis operaciones de cirugía estética para corregir minúsculas imperfecciones. En el instituto Elise fue la debutante estrella de Nueva Orleans, y en ese momento era la reina de la belleza de la Universidad de Tulane.

Eran amigas desde el colegio. De hecho, fue Elise quien organizó el grupo de estudio tres años atrás. A Elise nunca le había gustado hincar los codos, de modo que se le ocurrió hacer un grupo de estudio para que la ayudaran a aprobar las asignaturas. Aunque a ella no le importaba en lo más mínimo. En realidad admiraba su ingenio y le gustaba observarla mientras manipulaba a los demás para salirse con la suya.

Solo Nick y ella habían descubierto a la verdadera Elise. Al igual que ella, Nick era inmune a las maquinaciones de la rubia. Pero no pasaba nada. De no ser por Elise, jamás habría entablado una relación tan estrecha con Nick, y eso sí que habría sido una verdadera tragedia.

Sin Nick, el grupo estaba compuesto por Elise, Todd Middleton Chatelaine, Blaine Hunter Landry, Whitney Logan Trahan y ella. Y eso era lo que más le dolía.

¿Por qué no estás aquí, Nick? Ahora mismo me vendría muy bien tu sentido del humor, pensó.

Jugueteó con las hojas del libro mientras recordaba la imagen de Nick.

—Estaba pensando en Nick. Le encantaba esta jerga legal.

—Y tanto que le gustaba —dijo Todd al tiempo que levantaba la cabeza. Era un chico moreno y guapo, con el pelo muy corto. Llevaba un carísimo jersey rojo de Tommy Hilfiger y unos chinos—. Si no hubiera sido un delincuente de dudosa procedencia, podría haberle hecho la competencia a tu padre algún día, Margaux.

Intentó disimular lo mucho que odiaba el diminutivo que insistían en utilizar. Parecían convencidos de que su relación era más especial si la llamaban de una manera distinta a los demás. Pero la verdad era que prefería el simple «Maggie» que solo utilizaba Nick. Aunque, cómo no, era un apodo demasiado vulgar para alguien que procedía de una familia tan refinada como la suya. A su padre le habría dado un ataque si hubiera llegado a escucharlo de boca de Nick.

Pero ella lo prefería. Encajaba muchísimo mejor con su aspecto y con su personalidad que «Marguerite» o «Margaux».

Ya nadie volvería a llamarla Maggie...

Un dolor abrumador le inundó el corazón. ¿Cómo era posible que doliera tanto?

—Sigo sin creerme que no esté aquí —susurró al tiempo que parpadeaba para no llorar. Una parte de sí misma seguía esperando que apareciera por la puerta con esa sonrisa traviesa en los labios y una bolsa de *beignets* en la mano.

Pero no lo haría. Jamás.

—De buena nos libramos —dijo Blaine con desdén mientras se echaba hacia atrás en la silla. Con su metro ochenta, su cuerpo atlético y su pelo negro, Blaine se consideraba un regalo caído del cielo para las mujeres. Su familia era rica y tenía buenos contactos, cosa que le había dado unos aires de grandeza desmesurados.

Además, odiaba a Nick porque jamás había pasado por alto su esnobismo y le había dicho un par de verdades en alguna que otra ocasión.

—Estás cabreado porque siempre sacaba mejores notas que tú en los exámenes —replicó, echando chispas por los ojos.

Blaine torció el gesto.

—Copiaba.

Sí, claro. Todos sabían que era mentira. Nick era muy inteligente. Aunque era vulgar y en ocasiones hasta grosero en sus comentarios, se había ganado su amistad y la había ayudado con algunas asignaturas a espaldas del grupo de estudio. De no ser por él, habría suspendido Historia Antigua, una asignatura impartida por el profesor Julian Alexander, que había sido su tutor.

Todd cerró el libro y lo apartó.

—No sé... Creo que deberíamos hacer algo para despedirnos oficialmente de Nick. Al fin y al cabo, formaba parte del grupo.

Blaine resopló.

—¿Y qué se te ha ocurrido? ¿Que quememos una barrita de incienso para eliminar su peste?

Whitney le dio una palmadita en la pierna.

—Ya vale, Blaine. Estás disgustando a la pobre Margaux. Ella consideraba a Nick su amigo.

—No me entra en la cabeza, la verdad.

Eso hizo que se tensara y que lo mirase con los ojos entrecerrados.

—Nick era agradable y se preocupaba por la gente. —A diferencia de ellos. Nick no era presuntuoso ni distante. Tenía los pies en el suelo y se preocupaba por las personas con indiferencia de sus familias o de sus fortunas.

Era un ser humano.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Elise, que también cerró su libro—. ¿Por qué no vamos al sitio ese del que no dejaba de hablar? Ya sabéis, donde trabajaba su madre.

—¿El Santuario? —Blaine parecía asqueado. Era la primera vez que veía a un hombre hacer un mohín semejante. Elvis se habría muerto de envidia—. Tengo entendido que está al otro lado del Barrio Francés. ¡Qué vulgar!

—Me gusta la idea —dijo Todd mientras guardaba el libro en su mochila de marca—. Me encanta darme un chapuzón en los bajos fondos.

Blaine lo miró con sorna.

—Ya me lo habían dicho, Todd. Es la maldición de los nuevos ricos.

Todd le devolvió la mirada sin pestañear.

—Vale, quédate aquí sentado para que no nos quiten el sitio, a ver si el culo se te acaba poniendo del mismo tamaño que el ego. —Se puso en pie y la miró—. Creo que deberíamos despedirnos de nuestro no tan estimado compañero, y ¿qué mejor manera de hacerlo que beber garrafón en su bar preferido?

Blaine puso los ojos en blanco.

—No me extrañaría que pillaseis hepatitis.

—No creo —dijo Whitney. Aunque miró a Todd con un brillo atemorizado en sus ojos azules—. ¿Verdad?

—No —contestó ella con voz tajante mientras guardaba sus libros—. Blaine es un cobarde.

El susodicho la miró con una ceja enarcada.

—Ni hablar. Lo que pasa es que mi árbol genealógico es perfecto y no me apetece mezclarme con la chusma.

Levantó la barbilla al escuchar ese golpe bajo. Todos sabían que su madre era cajún, nacida en Slidell, y que estaba muy por debajo de su padre desde el punto de vista social. Aunque había ido a la universidad gracias a una beca y había sido Miss Luisiana, su matrimonio fue un gran escándalo.

Al final ese desastre fue lo que la condujo a la muerte.

Solo un cerdo le soltaría a la cara algo así.

—Tu gilipollez sí que es perfecta... —replicó entre dientes al tiempo que se levantaba. Metió el libro con fuerza en su mochila de Prada—. Nick tenía razón, eres un gallina cascarrabias y lo que necesitas es que alguien te dé una buena hostia.

Las chicas se quedaron de piedra al escucharla, pero Todd se echó a reír.

Blaine adquirió un interesante tono rojo.

—Me encanta esa chispa cajún —le aseguró Todd mientras se colocaba a su lado—. Vamos, Margaux, estaré encantado de protegerte. —Miró a las otras dos—. ¿Os venís?

Whitney parecía una niña a punto de rebasar su hora de irse a la cama.

—A mis padres les daría algo si supieran que me he metido en un antro. Contad conmigo.

Elise también asintió con la cabeza.

Miraron a Blaine, que resopló con desdén.

—Cuando os estéis retorciendo por la disentería, recordad quién hizo de voz de la razón.

—El doctor Blaine, residente especialista —replicó ella, colgándose la mochila—. Ya te hemos entendido.

A juzgar por su expresión, supo que estaba deseando devolvérsela, pero las buenas maneras y el sentido común lo detuvieron. No era muy sensato insultar dos veces a la hija de un senador de Estados Unidos si se tenía pensado conseguir un puesto de becario con dicho senador al llegar el otoño.

Y eso fue lo que hizo que Blaine se uniera al grupo cuando echaron a andar hacia el todoterreno de Todd.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Whitney en cuanto entraron en el famoso bar de moteros conocido como el Santuario.

Ella también estaba contemplando con los ojos como platos el oscuro interior, que parecía necesitar una buena limpieza después de todo. El estilo de la clientela era variopinto, desde el cuero típico de los moteros a los vaqueros y camisetas de manga corta. Las sillas y mesas ni siquiera combinaban. El escenario estaba pintado de negro con parches grises, rojos y blancos; y las mesas de billar parecían haber sobrevivido a varias peleas.

Incluso había serrín esparcido por el suelo, lo que le recordó a las tabernas de las películas de vaqueros.

La barra, situada a su derecha, estaba atestada de tíos de aspecto rudo que bebían cerveza y se hablaban a gritos. Había una escalera de madera que llevaba a una zona elevada, pero desde abajo no se veía lo que pasaba allí arriba. «Nada bueno» fue lo primero que se le ocurrió. Allí arriba no podía pasar nada bueno.

El lugar era definitivamente vulgar.

Sin embargo, le resultó muy curioso la gran cantidad de tíos buenos que trabajaban allí. Estaban por todas partes. Detrás de la barra, sirviendo mesas, de porteros... Nunca había visto nada parecido. Era un banquete de testosterona.

Elise se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Creo que he muerto y he ido al cielo. ¿Has visto alguna vez tantos tíos buenos juntos?

Solo atinó a negar con la cabeza. Era increíble. Era raro que la prensa no se hubiera enterado y hubiera enviado un equipo de televisión a investigar si había algo en el agua para conseguir tal concentración de especímenes superiores.

Incluso Whitney estaba con la boca abierta y era incapaz de apartar la vista.

—¿Qué es esa música? —preguntó Blaine con cara de asco al escuchar la nueva canción que sonaba por los altavoces.

—¡Creo que se llama heavy metal! —gritó Todd para hacerse oír por encima del solo de guitarra.

—Pues yo la llamaría «ensordecidora» —dijo Whitney—. ¿De verdad que Nick venía por aquí?

Ella asintió con la cabeza. A Nick le encantaba ese bar. Se había pasado horas contándole cosas del lugar y de las personas tan raras que lo consideraban su casa.

—Según él, hacen las mejores salchichas *andouille* del mundo. Blaine resopló.

—Lo dudo mucho.

Todd señaló con la cabeza una mesa libre situada al fondo.

—Creo que deberíamos sentarnos y tomarnos algo a la memoria de Nick. De todas maneras, solo se vive una vez.

—Si bebes de estos vasos, es posible que no sobrevivas a esta noche —soltó Blaine. No parecía muy entusiasmado mientras seguían a Todd hacia la mesa y se sentaban.

Ella se quitó la mochila del hombro y sacó el bolso antes de colocarla debajo de la mesa. Acto seguido, colgó el bolso del respaldo de la silla y se sentó. El lugar era muy ruidoso, pero no le costaba nada imaginarse a Nick allí. Había algo en ese sitio que le recordaba a él. Además de la decoración tan hortera, claro. Siempre había pensado que vestía en plan hortera a propósito, para picar a la gente.

Para ella, ese era uno de sus rasgos más encantadores. Porque era la única persona que conocía que pasaba por completo de la opinión de los demás. Nick era Nick, y si no te gustaba, ya podías largarte por donde habías llegado.

—¿Os pongo algo, chicos?

Cuando levantó la vista, vio a una rubia despampanante que parecía tener su misma edad. Llevaba unos vaqueros ajustados y una diminuta camiseta con el logotipo del bar, que era una moto aparcada en una colina y recortada contra la luna llena. Bajo el logotipo se leía: EL SANTUARIO, HOGAR DE LOS HOWLERS.

Blaine se la comió con los ojos pero ella pasó por completo del tema.

—Sí, Westvleteren 8 para todos.

La camarera frunció el ceño al escuchar la marca de cerveza y luego ladeó la cabeza como si quisiera agudizar el oído.

—¿Cómo has dicho?

Blaine adoptó su archiconocido mohín desdeñoso y empleó la voz exasperada que siempre utilizaba para hablar con gente a la que consideraba tonta.

—Es cerveza belga, guapa. Por favor, dime que al menos te suena.

La camarera lo fulminó con la mirada.

—Chaval, nací en Bruselas. Si no recuerdo mal, estamos en Estados Unidos, no en Bélgica, así que ya puedes ir pidiendo una cerveza americana o te traigo un vaso de agua para que puedas quedarte sentadito y comportarte como un pijo hasta que te hartes, ¿vale?

Blaine parecía a punto de estrangularla.

—¿Sabe el gerente que trata a los clientes de esta manera?

La camarera lo miró con una mueca burlona y desdeñosa.

—Si quieres hablar con mi madre (la propietaria de este bar), con mi hermano (que lo dirige y para el que soy la niña de sus ojos) o con mi padre (a quien le encanta patear culos a diestro y siniestro), sobre cómo te he tratado, dímelo y voy a por cualquiera de ellos ahora mismito. Sé que les encantará perder el tiempo contigo. Son muy comprensivos...

—Yo tomaré una Bud Light, gracias —dijo ella, conteniendo una carcajada. No conocía a la chica, pero comenzaba a caerle bien.

La camarera le guiñó el ojo con complicidad antes de anotar el pedido en la libreta.

—Yo también —dijo Todd.

Whitney y Elise también pidieron lo mismo.

Los tres se giraron hacia Blaine y esperaron a que soltara otro exabrupto.

—La mía que venga sin abrir, con una servilleta y un abridor.

La camarera volvió a ladear la cabeza, esta vez con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que escupa dentro, chavalote? Todd se echó a reír.

Antes de que Blaine pudiera responder, la rubia se alejó de la mesa.

No obstante, la sonrisa que Marguerite estaba esbozando desapareció al sentir algo extraño... Se le erizó el vello de la nuca. Era como si alguien la estuviera observando.

Atentamente.

De forma amenazadora.

Volvió la cabeza y ojeó la multitud en busca de la causa de su incomodidad. Pero no encontró nada. Nadie parecía prestarles atención.

Había varios grupos de moteros jugando al billar. Un montón de turistas y de moteros a su alrededor. Incluso había un grupo de siete hombres jugando al póquer en un rincón. Unos cuantos camareros se movían entre la barra y las mesas llevando la comida y las bebidas y otros dos atendían la barra.

Nadie la estaba mirando.

Estaré imaginándome cosas, se dijo.

Al menos eso fue lo que pensó hasta que vio en un rincón a un hombre que parecía tener la vista clavada en ella. Llevaba una holgada camisa blanca por fuera del pantalón, medio oculta por un sucio delantal blanco, y unos vaqueros negros que habían vivido mejores tiempos. Era uno de los ayudantes que se ocupaban de limpiar las mesas, pero en ese momento estaba parado. Tenía la camisa arremangada hasta la mitad del brazo. En el izquierdo llevaba un colorido tatuaje que no consiguió distinguir desde tan lejos.

No le veía la cara, ya que la melena rubia oscura le cubría casi todo el rostro y le tapaba los ojos. El pelo le llegaba por debajo de los hombros. A decir verdad, no sabía adónde miraba, pero su instinto le decía que la estaba observando.

Tenía un aura oscura y peligrosa. Feroz. Casi siniestra.

Se frotó el cuello con nerviosismo, deseando que el tipo regresara de nuevo al trabajo.

—¿Pasa algo? —preguntó Blaine.

—No —se apresuró a responder con una sonrisa. Si mencionaba algo, sin duda alguna montaría una escena y conseguiría que despidieran al pobre muchacho, y seguramente necesitaba el trabajo—. Estoy bien. —Pero la sensación no la

abandonó. Además, era tan intensa y salvaje que la ponía muy nerviosa.

Wren ladeó la cabeza mientras miraba a esa desconocida que parecía tan fuera de lugar que no entendía cómo había acabado en el bar. Irradiaba sofisticación y dinero por todos los poros de su cuerpo. Esa no formaba parte de la clientela habitual.

También era evidente que su intenso escrutinio la incomodaba. Aunque eso le sucedía a todo el mundo, razón por la que apenas establecía contacto visual con la gente. Hacía mucho que había aprendido que nadie, ni persona ni animal, podía aguantar su mirada demasiado tiempo.

Y, sin embargo, era incapaz de apartar la vista de ella. Su largo cabello castaño, que llevaba recogido en una coleta, tenía reflejos cobrizos. Ese detalle, sumado al tono dorado de su piel, delataba su herencia cajún. Llevaba un conjunto rosa de jersey y rebeca de punto, una falda larga beis y unas cuñas de esparto del mismo tono rosa que la rebeca.

Sin embargo, lo mejor era ese cuerpo voluptuoso que instaba a un hombre a abrazarlo y saborearlo.

Aunque había visto mujeres más guapas, tenía algo que llamaba su atención. Tenía algo que le decía que estaba perdida y dolida.

Triste.

En los páramos de Asia donde nació, semejante criatura habría muerto y habría sido devorada por otra más fuerte. Más salvaje. Cualquier vulnerabilidad era una invitación para morir. Y, sin embargo, no sentía el conocido subidón de adrenalina que lo instaba a atacar a los débiles.

Sentía un inexplicable deseo de protegerla.

De acercarse a ella y ofrecerle consuelo, pero ¿qué sabía él de consolar a un humano? Era un depredador feroz en forma humana. Solo sabía acosar y matar.

Pelear.

No sabía nada sobre consolar. No sabía nada de las mujeres.

Estaba solo en el mundo por decisión propia y le gustaba que fuera así.

Marvin, el mono que vivía como mascota del Santuario, se acercó corriendo a él y le ofreció un paño limpio para las mesas. Lo cogió y se obligó a regresar al trabajo. De todas formas, siguió sintiendo la presencia de la desconocida, y no pasó mucho tiempo antes de que volviera a clavar la vista en ella para observarla mientras hablaba con sus amigos.

Marguerite tomó un sorbo de cerveza mientras Elise y Whitney se comían con los ojos a los hombres del bar. Extendió el brazo para coger una galletita salada, pero Blaine le dio un tortazo y la miró espantado.

—¿Estás loca? A saber cuánto llevan aquí fuera y cuántas manos sucias las han toqueteado. Además, es posible que nuestra arisca camarera las haya envenenado en venganza.

El irrazonable temor de Blaine hizo que pusiera los ojos en blanco. Miró de nuevo al ayudante que estaba un poco más cerca. Estaba ocupado limpiando mesas, pero presentía que ella seguía siendo su principal objetivo. Frunció el ceño al ver que un monito corría por su brazo y se encaramaba en su hombro.

El muchacho sacó una pequeña zanahoria del bolsillo del delantal y se la dio al mono, que se la comió mientras él regresaba al trabajo. Reprimió una sonrisa cuando cayó en la cuenta de quién era. Ese muchacho debía de ser Wren, a quien Nick mencionaba de vez en cuando. Según él, al principio creyó que era mudo porque nunca hablaba con nadie. Pasó todo un año antes de que Wren lo saludara con un tímido «hola» un día que fue a ver a su madre.

Si no recordaba mal, Wren era un solitario que se mantenía apartado y que se negaba a participar en el mundo. Lo había reconocido por el mono, porque Nick le había dicho que era el único amigo de Wren y que le encantaba robarles las bolas de billar mientras jugaban.

El mono se llamaba Marvin...

Blaine la pilló mirándolo y se giró en la silla. Wren parecía estar observándola de nuevo, aunque seguía teniendo el pelo sobre los ojos, de modo que no estaba segura.

—¿Te está molestando?

—No —se apresuró a responder, ya que temía lo que Blaine pudiera hacer. En cierto modo, se sentía casi halagada. Los hombres no solían prestarle atención a menos que supieran quién era su padre. Era su madre la que hacía volver las cabezas.

Ella nunca.

—¿Qué miras? —le gruñó Todd al muchacho.

Vio que Wren hacía oídos sordos a la pregunta y se acercaba a la mesa que tenía al lado, que estaba llena de vasos y tenía un plato de nachos a medio comer.

Presentía que quería hablar con ella y se descubrió imaginándose cómo sería bajo esa mata de pelo rubio. Irradiaba cierto peligro y a la vez parecía contenido, como si no quisiera llamar la atención de nadie.

Como si quisiera fundirse con el papel de la pared pero fuera incapaz de hacerlo.

De repente, se imaginó a un tigre sentado en un zoo. ¡Eso era! Wren le recordaba a un enorme tigre que contemplaba atentamente a quienes lo rodeaban, distante pero al mismo tiempo seguro de poder derrotar a cualquiera que lo retara.

—Vaya pintas... —dijo Blaine cuando se dio cuenta de que Wren los observaba—. ¡Oye, tío!, ¿y si te lavas ese pelo tan asqueroso? —Le lanzó unos billetes—. ¡Para que te cortes esas rastas, anda!

Wren pasó por completo de Blaine y del dinero.

El mono comenzó a chillar como si lo estuviera protegiendo. Sin mediar palabra, Wren le dio unas palmaditas en la cabeza y le susurró algo para tranquilizarlo. El mono saltó de su hombro y se acercó a la barra.

Vio a Wren soltar la bandeja y se le desbocó el corazón al percatarse de que se acercaba hacia ella. De cerca era mucho más alto de lo que parecía. Caminaba un poco encorvado, lo que le

restaba altura, pero si enderezara la espalda, estaba segura de que se acercaría al metro noventa.

Lo rodeaba un aura de poder absoluto. Un aura que hablaba de velocidad y agilidad.

Era, simple y llanamente, fascinante.

Desde esa distancia por fin podía verle los ojos. Eran de un azul turquesa brillante tan claro que resultaban escalofrantes.

Por su color y por su crueldad.

Lo vio señalar su vaso vacío con la barbilla.

—¿Ha terminado, señorita?

Su voz era grave e hipnótica. Le provocó un escalofrío.

Sonrió al escuchar la forma tan educada en la que se había dirigido a ella.

—Sí —respondió y le acercó el vaso.

Lo vio limpiarse la mano en el delantal como si no quisiera ofenderla ni mancharla antes de extender el brazo.

Al principio creyó que sus manos se tocarían, pero Wren apartó la suya como si le diera miedo un contacto tan íntimo. La invadió una extraña decepción.

Cabizbajo, Wren cogió el vaso, lo sostuvo como si fuera una joya valiosísima y se apartó. Dejó el vaso en la bandeja y volvió a mirarla.

—Oye, tú, el de las rastas —dijo Todd de malos modos—, deja ya de mirarla, gilipollas. Está muy por encima de ti.

Wren lo miró con una expresión aburrida que dejó muy claro que no lo consideraba una amenaza.

—¿Wren? —dijo la camarera rubia, confirmando así su identidad. La chica se detuvo para echarles una mirada de advertencia antes de mirar a Wren—. Es hora de tu descanso, ¿vale, cariño?

Wren asintió con la cabeza.

Cuando hizo ademán de apartarse, Blaine tiró de la bandeja que llevaba en las manos.

—Eso, cariño, vuelve con tu gente al vertedero.

Y con eso, le arrojó la cerveza a la cara de forma inesperada.

Wren dejó escapar un sonido, una mezcla de siseo y gruñido

que no parecía del todo humana. En un abrir y cerrar de ojos, dejó caer la bandeja y se abalanzó sobre Blaine.

De repente, apareció un grupo de hombres de la nada que se encargó de apartar a Wren. Los cuatro tíos, que eran los porteros del bar, tuvieron problemas para contenerlo pese a la diferencia de tamaño. Lo rodearon de modo que lo perdió de vista, como si quisieran protegerla a ella y a sus amigos.

La camarera estaba que trinaba.

—¡Fuera! —soltó—. ¡Largaos de aquí!

—¿Por qué? —preguntó Blaine—. Nosotros somos los clientes.

Un tío rubio que se parecía mucho a la camarera se acercó a ellos. Debía de ser el hermano que la chica había mencionado antes, el que dirigía el bar.

—Será mejor que le hagas caso a Aimée, chaval. Acabamos de salvarte la vida, pero no podremos contenerlo mucho tiempo. A ver si ya te has ido cuando se calme, porque si no, no nos hacemos responsables de lo que pueda suceder.

Blaine lo miró con desdén.

—Si me toca, os demando.

El hombre soltó una carcajada amenazadora.

—No creo que quede mucho de ti como para que puedas demandar a nadie. Ahora largaos de mi bar antes de que os eche a patadas.

—Vamos, Blaine —dijo Todd mientras tiraba de él hacia la puerta—. Ya llevamos demasiado tiempo aquí.

Whitney y Elise se quejaron por tener que irse, pero se levantaron como zombis bien educadas y los siguieron.

Ella se quedó donde estaba.

—¿Margaux? —la llamó Todd.

—Marchaos, nos vemos luego.

Blaine meneó la cabeza.

—No seas idiota, Margaux. Nosotros no pintamos nada aquí.

Estaba hasta el gorro del rollo ese del «nosotros, ellos». Ya había tenido más que suficiente y para absoluta consternación

de su familia, era de la opinión de que solo había dos clases de personas en la vida: las buenas y las malas.

Y estaba harta de aguantar a malas personas.

—Cierra el pico, Blaine. Y lárgate antes de que sea yo quien te dé.

Blaine puso los ojos en blanco antes de que echara a andar hacia la puerta seguido de Elise y Whitney.

—¿Estás segura de que quieres quedarte? —le preguntó Todd.

—Sí. Volveré a casa en taxi.

Todd no parecía muy convencido, pero debió de comprender que estaba decidida a quedarse.

—Vale. Ten cuidado.

Asintió con la cabeza y esperó a que se marchara antes de encaminarse hacia el lugar al que los porteros se habían llevado a Wren. Todo ese desastre era culpa suya. Lo menos que podía hacer era disculparse por ser tan idiota como para salir con esa panda de gilipollas.

Dio con un pequeño pasillo que conducía a los servicios y a una zona con un cartel que ponía PRIVADO. SOLO EMPLEADOS. Al principio creyó que habían entrado en la zona privada, pero después escuchó voces procedentes del servicio de caballeros.

—No vuelvas a echarle agua en la cara, Colt, si no quieres que te arranque el brazo.

Volvió a escuchar ese gruñido salvaje y primitivo, y otro ruido, como el que haría una persona al empujar a otra.

—Te lo dije —escuchó que decía la misma voz de antes—. Estúpidos humanos. Ese niño tiene suerte de que no dejáramos que Wren lo despedazara. No le tiras del rabo a un tigre a menos que quieras que te coma.

—¿Y qué coño hacías hablando con esa chica? —preguntó otra voz—. Joder. Además, ¿desde cuándo hablas con la gente, Wren?

Escuchó otra vez el gruñido, seguido por el ruido de un cristal al romperse.

—Vale —dijo la primera voz—. Sigue con tu pataleta. Te esperaremos fuera.

Cuando la puerta del servicio se abrió, salieron dos hombres que superaban con creces el metro ochenta. Los dos eran morenos, pero uno tenía el pelo corto y el otro lo llevaba recogido en una larga coleta. Se interpusieron entre la puerta y ella, y la miraron sin saber muy bien qué pensar.

—¿Está bien? —les preguntó.

El del pelo largo la miró con expresión extraña.

—Deberías largarte de aquí. Ya has causado bastantes problemas esta noche.

Sin embargo, y por extraño que pareciera, no quería marcharse.

—Yo... —Se quedó sin palabras cuando la puerta del servicio volvió a abrirse y Wren apareció en el pasillo.

Tenía la camisa mojada, de modo que se pegaba a su musculoso pecho. Llevaba una toalla echada sobre el hombro y la cabeza gacha. La postura le recordó a un depredador que observara con cautela a su alrededor, a la espera de atacar, más que a alguien avergonzado o tímido.

Wren se acercó a ella sin prisa, pero sin pausa. Sus movimientos le recordaban a los de un gato antes de restregarse contra su dueño para marcarlo.

Lo vio secarse la cara con el dorso de la mano mientras miraba a los otros de forma amenazadora.

—Largo —les gruñó.

El del pelo largo se tensó como si detestara que le dieran órdenes.

—Vamos, Justin —dijo el del pelo corto, que debía de ser Colt, con afán conciliador—. Wren todavía necesita un poco de tiempo para calmarse.

Justin dejó escapar un gruñido ronco y siniestro antes de regresar al bar.

Colt le echó una miradita de advertencia antes de volver a la barra.

Cuando se quedaron a solas, tragó saliva mientras se acercaba a Wren despacio. A esa distancia se percató de que la camisa cu-

bría un cuerpo atlético y musculoso. Su piel tenía un tono bronceado que debería ser declarado ilegal.

Había algo en él que le otorgaba un aire salvaje. Incluso daba la sensación de que durmiera con la ropa puesta. Era evidente que pasaba por completo de la opinión de los demás. No seguía ninguna moda ni ninguna regla cívica. A juzgar por lo que había escuchado desde el pasillo, parecía que ni siquiera era sociable.

En teoría debería repelerla, pero no era así. Ansiaba con todas sus fuerzas apartarle el pelo rubio de la cara para comprobar si era tan guapo como sospechaba.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No me esperaba algo así de Blaine.

No le contestó. Se limitó a dar un paso hacia ella para quedarse tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Extendió el brazo para tocarla. Detuvo la mano justo cuando entró en contacto con su mejilla y la dejó allí, quieta, mientras esos misteriosos ojos azules la abrasaban.

Wren deseaba tocarla con tantas ganas que casi podía saborearla. Jamás había deseado nada con tanta fuerza. Aunque sabía que no podría satisfacer su deseo.

Era humana.

Y también era preciosa. Su cabello parecía de seda. Sentía la cálida vitalidad de su piel. Daría cualquier cosa por saborear esa piel, por comprobar si era tan sabrosa como parecía.

Pero no podía.

Un animal como él jamás podría tocar a un ser tan frágil como ella. Su naturaleza era la de destruir, no la de proteger. Dejó caer la mano.

—¿Eres el amigo del que Nick solía hablar tanto? —preguntó ella en voz baja.

Ladeó la cabeza al escuchar la inesperada pregunta.

—¿Conocías a Nick?

La vio asentir con la cabeza.

—Éramos compañeros de universidad. Solíamos estudiar juntos. Decía que tenía un amigo llamado Wren que siempre le daba una paliza al billar. ¿Eres tú?

Miró hacia las mesas de billar y asintió con la cabeza mientras recordaba a su amigo. Nick no sabía demasiado sobre él, pero al menos había intentado ser su amigo. Había sido un cambio muy agradable.

—Sí —susurró, sin saber muy bien por qué le respondía cuando apenas hablaba con nadie.

Sin embargo, quería hablar con ella. Adoraba ese acento tan suave y melodioso. Parecía muy dulce. Muy femenina. Una parte desconocida de su ser, desconocida hasta entonces, quería acurrucarse con ella.

Se inclinó un poco hacia delante para poder inhalar su aroma sin que se diera cuenta. Su piel desprendía un aroma dulce y suave a polvos de talco y perfume amaderado. Lo puso a cien.

Jamás había besado a una mujer, pero por primera vez deseaba hacerlo. La vio separar los labios de forma incitante.

Deliciosa...

—¿Wren?

Giró la cabeza al escuchar la voz de Nicolette Peltier tras él, acercándose desde su despacho. Se percató de que Nicolette quería extender las manos y apartarlo de la humana; pero, al igual que todos los residentes del santuario, le tenía miedo. Su especie era impredecible. Letal.

Todo el mundo le tenía miedo. Salvo la mujer que tenía delante.

Claro que ella no tenía ni idea de que era un cruce entre tigre y leopardo que caminaba en forma humana.

—Debo irme —le dijo a la muchacha al tiempo que se apartaba de ella.

La chica extendió la mano y le tocó el brazo. Su miembro respondió a la abrasadora caricia. Le costó la misma vida controlar al animal que ansiaba reclamarla, porque, por regla general, cedía a sus impulsos.

Esa noche no podía. Porque le haría daño al hacerlo, y eso era lo último que deseaba.

—Siento muchísimo lo sucedido —dijo ella en voz baja—.

Ha sido algo inexcusable. Y espero que mis amigos no te hayan metido en problemas ni te hayan hecho daño.

Guardó silencio mientras ella miraba a Nicolette un instante antes de dar media vuelta y marcharse.

Y entonces desapareció. Su ausencia lo atravesó como un cuchillo.

—Vamos, Wren —dijo Nicolette—. Creo que es mejor que termines tu turno ahora y vayas a descansar.

No discutió con ella. Necesitaba abandonar su forma humana un tiempo, sobre todo porque estaba a punto de perder el control. Era como si tuviera el cuerpo electrizado. Al rojo vivo. Jamás se había sentido así.

Sin pronunciar palabra, se encaminó a la cocina, pues allí se encontraba la puerta de acceso al edificio contiguo, que era donde los arcadios y katagarios habían establecido su hogar.

La casa de los Peltier llevaba mucho tiempo siendo refugio de criaturas como él... criaturas que habían sido expulsadas de sus clanes por un sinfín de motivos. Como solía decir Aimée, todos eran refugiados e inadaptados.

Él más que nadie. Jamás había pertenecido a un clan animal. Ningún tigre ni leopardo toleraría su presencia. Era un híbrido mutante al que no deberían haber permitido vivir.

Últimamente hasta los osos comenzaban a mostrarle su desprecio. No confiaban en él ni de coña, pero no se lo demostraban abiertamente. Apartaban a sus cachorros cuando jugaban con él. O hacían como esa noche, lo apartaban cuando creían que estaba a punto de enfadarse.

Por eso había valorado tanto la amistad con Nick. Porque él siempre lo trataba como si fuera normal.

—¡Qué cojones! —solía decir Nick—. Todos tenemos nuestros defectos. Al menos tú te lavas, y además no tengo que pelearme contigo por las tías. Con eso ya eres un tío legal para mí.

Nick tenía una visión única de la vida.

Se pasó la camisa mojada por la cabeza mientras subía la escalera. Marvin subió corriendo tras él. Apenas iba por la mitad cuando tuvo un mal presentimiento.

La chica...

Estaba en peligro.

Utilizó la magia para ponerse una camiseta negra. La sensación de que la chica corría un peligro inminente se negaba a desaparecer. Sin decirle una palabra al mono, se transportó fuera del edificio, a la calle.